



# ESE ESPACIO INDEFINIDO



Relatos y Otras  
Instancias



MAIA LOSCH

# Ese espacio indefinido (relatos y otras instancias)

Maia Losch

# **MLB Editores**

Título original: Ese espacio indefinido

© 2020 Editorial MLB

ISBN Ebook: 9784231567648

© Autor: Maia Losch

© Ilustración portada: MLB

*Ese espacio indefinido* reúne microrrelatos, cuentos, narraciones y prosa poética. Textos que, en algunos casos, no son ni-una-cosa-ni-la-otra.

Resultándome tan difícil atenerme a definiciones concretas, convencida de que en una misma persona cohabitan varias posibles, siento que este libro es el resultado de esa perspectiva.

Maia Losch

A mis hijos

# Contenido

[Harold](#)

[Magda](#)

[El octavo hijo de Zulema](#)

[El Preso de la celda 45](#)

[Tenencias y dependencias](#)

[Las cucarachas](#)

[La Mueca](#)

[Los Klausbert](#)

[El dato](#)

[Engaños](#)

[Pregunta inocente](#)

[Simultaneidad](#)

[Teoría y Práctica](#)

[Las plataformas del amor](#)

[La prueba](#)

[Hagar y Lena](#)

[Visiones](#)

[La estrella de Eva](#)

[Marrón](#)

[El tipo de mantenimiento](#)

[Michael Oros](#)

[Fotografías](#)

[El concierto](#)

[Presagio](#)

[Pariciones](#)

[Síndrome de abstinencia](#)

[La terraza de Isabel](#)

[De agujeros y paños de cocina](#)

[La lluvia de Belén](#)

Desde el murito  
La estilográfica  
Imposibles  
Domingo de Póker  
Diablo Rojo  
Patrón de pensamiento  
Despachos y despechos  
Reflejos  
Llamada nocturna  
Orígenes  
El Pelao  
Javier y la mosca  
Intoxicación  
Interrupciones involuntarias  
Lengua caucásica  
Objetos voladores identificados  
Ese espacio indefinido.  
Agradecimientos

# Harold

Me disponía a ir a trabajar cuando lo vi. Estaba apoyado contra el muro de cemento que separaba mi casa de la del vecino, al fin de la enredadera. Parado con las piernas quebradas, como si le costara horrores soportar el peso de su propio cuerpo. Quién sabe cuánto tiempo hacía que aguardaba. Mi primer impulso fue cerrar la puerta, así que eso fue lo que hice. Tomé aire y volví a abrirla. No avancé. No hablé. Harold caminó hacia mí a paso lento tanteando la situación, expectativo. Lo saludé y mi saludo fue más una pregunta que una bienvenida.

Nunca tuve buenos reflejos. En más de una ocasión me cuestioné a mí misma luego de algún encuentro desagradable, horas más tarde, por qué había dicho una cosa en lugar de otra o, por el contrario, por qué no había sido capaz de guardar silencio. Tenía dificultades para defender mi integridad si resultaba ofendida sin motivo aparente o por algún motivo desconocido para mí. Solo cuando me encontraba en sitio seguro, cuando regresaba a casa generalmente luego de un extenso día de trabajo, me inventaba diálogos o monólogos alternativos, cosas que podría haber respondido en represalia para atajar el agravio y evitar esa sensación de inutilidad que me poseía en cambio cuando me encontraba sin palabras posibles, muda en mi sorpresa, empequeñecida por un insulto que consideraba inmerecido, furiosa conmigo misma por no haber sabido reaccionar en el momento preciso. A veces es tarde; aunque el vox populi insista en su hipócrita obsesión por repetir que nunca lo es. Estos soliloquios solían desarrollarse debajo de la ducha y en ellos conseguía salir airosa del infortunio y vencer a mi contrincante, imaginario ahora, que acababa maldiciendo el momento en que había decidido meterse



conmigo. Pero él o ella nunca lo sabrían y yo no conseguía desprenderme de este asunto que daba vueltas por varios días en mi cerebro, como un bucle, incluso al salir de la ducha, mientras limpiaba con un movimiento circular de la mano el vidrio empañado del tocador dejando las espirales de mis dedos marcadas.

Todo me lleva tiempo, siempre fue así. Pero una aprende a convivir consigo misma y sus obsesiones, aunque más no sea porque no queda más remedio.

Fue esa lentitud mental, esa especie de burocracia mediática que controlaba mis reacciones (y a veces lo sigue haciendo), la razón por la cual me encontré en aquella situación: recibiendo en mi casa al hombre que nos había abandonado a mi hija y a mí hacía más de quince años.

Harold respondió a mi saludo con un tímido «hola». Lo invité a entrar. Llevaba un abrigo marrón de cuero, un tanto raído, uno o dos talles más grandes de lo adecuado, y escondía sus manos en los bolsillos de un pantalón gris de pana. Tenía el cabello blanco y ralo y me resultó más bajo de lo que recordaba. Le ofrecí algo de beber intentando aparentar una tranquilidad que estaba lejos de ser real. Pidió un café, «por favor».

—Con dos de azúcar y fuerte, si mal no recuerdo —agregué.

Asintió. Una breve sonrisa se dibujó en su boca.

Cuando volví de la cocina continuaba de pie y con el abrigo puesto. Observaba los cuadros. Nos sentamos uno frente al otro en los sillones de la sala. Acercó el pocillo de café a sus labios para tomar un sorbo. Le noté un vago temblor.

—Está muy linda...la casa —dijo.

—Ha pasado mucho tiempo.

No teníamos demasiado para decírnos. O quizá era tanto que ya no cabían las palabras. El silencio se sentó con nosotros, se acomodó entre nosotros.

—¿Por qué te fuiste? —pregunté finalmente.

—Porque me asfixiaba.

Yo ya sabía su respuesta. Eso solo confirmó mi sospecha.

—¿Y Analía...? —preguntó.

—Vive en los dormitorios de la Universidad. Estudia Ciencias de la Comunicación. Le va muy bien.

—¿Qué le has dicho de mí? ¿Me odia? ¿Cómo es? Me gustaría verla —pidió, como un perro que ruega por comida.

No pude negarme. A fin de cuentas, también era su hija.

—Hoy viene a visitarme a eso de las cuatro. No esperes que te salte encima de alegría, tienes que tenerlo en cuenta.

—Entonces me odia.

—Yo creo que en realidad te tiene lástima.

No estaba segura de que esto fuera cierto. Analía y yo hacía tiempo que lo habíamos dejado de nombrar; no era un muerto a quien llorar ni un desaparecido al que uno busca en los anuncios fúnebre. Para nosotras se había convertido en El Hombre Invisible. Podía estar o no estar en algún punto del planeta, ya no cambiaba en nada. Claro que esto no ocurrió enseguida, su fantasma nos persiguió durante años, el fantasma de un hombre vivo, y su nombre había sido el nombre de todas las cosas. Durante mucho tiempo deseamos que regresara. Lo esperábamos a escondidas detrás de las cortinas, en cada llamada telefónica, en cada llegada inesperada, cada visita no anunciada, cada mañana, cada festividad. Pero nunca era él. Llamadas equivocadas o vendedores ambulantes o el cartero o mi madre.

Cuántas preguntas me hizo Analía y qué poco supe responderle... Pronunciamos su nombre hasta quedar exhaustas, hasta que se tornó un tema aburrido y gastado y su ausencia dejó de estar presente. Hasta que su nombre perdió sentido como cuando se repite una palabra miles de veces y se pierde el contacto con su significado, parece ser una palabra extranjera, extraña, lejana.

Toda manifestación del deseo tuvo lugar a lo largo de esos quince años: desear que estuviera muerto, desear que viniera de sorpresa una noche a amarme como entonces, desear dejar de desearlo. Luego solo quise poder arrancarle una súplica, un angustioso pedido de misericordia. Hasta que devino la aceptación y con ello la calma.

Y ahora estaba frente a mí y todo lo que era capaz de sentir era nada, una total y absoluta nada.

—¿Qué fue de tu vida? —quiso saber.

Sonreí.

—¿Y de la tuya? —respondí.

—Me volví a casar. No tuvimos hijos, no soportaba la idea de verme otra vez enfrentado a esa responsabilidad, me quedaba sin aire cada vez que pensaba en ello y ella lo aceptó como una condición irreparable. Tal vez creyó que con el tiempo cambiaría de opinión, cuando superara lo nuestro, cosa que nunca ocurrió. La quise mucho pero siempre te tuve presente, quizá porque fue una historia inconclusa. Muchas veces cuando le hacía el amor pensaba en ti. Falleció hace un año. Cáncer. Se fue en cinco meses.

Si esperaba mis condolencias no las recibió.

—¿A qué viniste? ¿Por mi perdón?

—No, no lo sé.

—Porque si es por eso puedes dejar de preocuparte. Al final, tu abandono fue una oportunidad. No pienso ahora darte todos los detalles, confórmate

con ver que sobreviví. Sí hubo noches que al acostarme me sentí dentro de un laberinto, yendo de atrás para adelante sin encontrar la salida ni el camino correcto. Pero aquí me ves...

—¿A qué hora dijiste que viene Analía? —preguntó.

—A las cuatro.

Se incorporó y lo acompañé hasta la puerta.

—A las cuatro... —murmuró, mientras salía a la calle.

Cuando se fue eran casi las diez de la mañana. Llamé a la oficina para informarles que no iría a trabajar. No tenía fuerzas. Me metí en la cama y dormí un rato más. Al mediodía me preparé algo liviano. Aguardé a Analía que llegó a las cuatro menos cinco. Pensé en contarle de la visita de su padre para que su llegada no la tomara por sorpresa, pero no lo hice. Quizá tuve un presentimiento. Se hicieron las cinco, las seis y las siete. Alrededor de las ocho, Analía se despidió de mí con un beso y se marchó. A Harold nunca lo volví a ver.

# Magda

Es imposible para mí explicar qué fuerza fue la que dominó a Magda cuando decidió quedarse allí, impertérrita, en lugar de huir como hicieron los demás. No fue el terror lo que la paralizó. No. Allí hubo otra cosa, tal vez el morbo, nuevo y virgen.

Cuando sonó el primer disparo y vio, casi simultáneamente, la sacudida de la primera víctima, su sensación no tuvo relación alguna con nada que ella hubiera conocido hasta entonces. Se ocultó debajo de la mesa en la que sólo un minuto antes comía sin disturbios una porción de espaguetis con salsa boloñesa. Aquel hombre, delgado y alto, con una camiseta oscura y un pantalón manchado de pintura azul, llevaba el rostro cubierto por una máscara negra que dejaba a la vista tan solo un par de ojos demasiado abiertos. Movía la parte superior de su cuerpo de un lado a otro y, a pesar de su acusado temblor, mantenía el revólver en el aire con seguridad y equilibrio.

Luego de que la primera víctima cayera al piso, buscó una segunda. Una anciana con la boca entreabierta y paralizada por el espanto, en una esquina del restaurante, fue la elegida. Se encontraba en la mesa más cercana al lavatorio, contra un rincón. Ni siquiera alcanzó a gritar. La bala fue a dar a su frente. Se desplomó, volcando con su cuerpo el vaso con la gaseosa, que descendió por el borde, confundándose con la sangre en una fina cascada de color granate.

Magda salió de su escondite y se incorporó. El hombre del revólver apuntó en su dirección. Sus ojos se encontraron. Magda hizo una mueca de resignación burlesca. El hombre miró hacia otro lado, se acercó a la barra y miró detrás: encontró a un trabajador agazapado. Era el dueño del local que, en vano, suplicó por su vida.

Magda comenzó a caminar en dirección a la salida sin darle la espalda al tipo armado. Ayudándose del sentido del tacto, sin retirar la mirada de aquél —que parecía no verla o hacía de cuenta que no la veía—, avanzaba palpando las sillas y las mesas con las que se encontraba. Cuando Magda alcanzó la puerta, el hombre se acercó hasta ella raudo y el arma en línea, como si recién hubiese notado su presencia. Tenía los ojos negros como esferas de turmalina. Radiantes. A lo lejos, se oyó una sirena. Agarró a Magda del cabello, tironeando con tal energía que ésta no pudo evitar quebrar las piernas, pero no gritó. La soltó. Magda cayó y, a rastras, siguió avanzando hacia la puerta. Una vez fuera se incorporó y lo miró por última vez. El hombre le disparó en un hombro y Magda volvió a caer. Antes de perder el sentido alcanzó a oír dos disparos.

# El octavo hijo de Zulema

Desde el balcón de nuestro apartamento, en Pocitos<sup>1</sup>, se veía el río más grande del mundo. De ahí que se diga que es un río grande como un mar. Nos mudamos allí cuando yo tenía cuatro años y, dado que nuestra situación económica había mejorado bastante, mi madre se dio el lujo de contratar una mujer para que la asistiera en los quehaceres domésticos. Se llamaba Zulema. Era una mujer morena y robusta, con aspecto amigable y siete hijos a los que veía tan solo los fines de semana pues Zulema vivía con nosotros, como es la costumbre en tantos hogares de la clase alta de Uruguay.

Durante los veranos venía con nosotros a Las Toscas, un balneario de lo más pintoresco, de vistas agrestes y bañado con costas de agua calma y blancas dunas. El muelle de madera al que los pescadores acudían cada mañana, con sus cañas y sus viandas de comida, ya no está allí, pero sigue en mi memoria como parte del paisaje. Yo apenas me animaba a entrar en el agua hasta la altura de las rodillas, no solamente porque mi madre se alteraba si algún día me atrevía a pasar el límite de mi ombligo, contagiándome con su pavor a ser devorada por las olas —que no alcanzaban más de treinta centímetros de altura en sus días más salvajes—, sino porque mi delgado cuerpo no soportaba tan baja temperatura. Para mi hermano la situación era diferente, porque él se metía bien adentro, aunque le dijeran lo contrario y mi madre gritaba como poseída desde la costa, haciendo que, bajo su constante color cobrizo, producto del bronceado, surgiera igualmente una palidez horrorizada por el destino que pudiese correr su hijo en caso de que un repentino maremoto llegara para arrastrarlo más allá de sí mismo. Mis memorias de los veranos allí, los frondosos bosques en los que jugábamos más de quince chicos a la

escondida, y las carreras en bicicleta que fueron causa de varias cicatrices, siguen siendo motivo de grandes nostalgias.

Aquel verano Zulema dijo no sentirse muy bien. Mi madre le aconsejó que se fuese con su familia, a su casa, a descansar. Dijo que le pagaría de todas formas, que no se preocupara, pero ella no aceptó. Nunca supe por qué motivos Zulema prefirió permanecer con nosotros en lugar de ir donde estaban sus hijos y su marido. Tal vez había allí una amenaza que nosotros desconocíamos. A mí jamás me contaron. Mi madre no insistió.

Recuerdo que el calor ese verano fue sofocante y que Zulema hacía los mandados protegida bajo una sombrilla, agotándose con cada paso que daba y bañando su enorme cuerpo de sudor. Mi madre nunca se quejó de que no limpiara la casa con la energía habitual, o yo no la escuché haciéndolo, quizá porque Zulema seguía cuidando de mi hermano y de mí con una dedicación asombrosa y eso era lo que más le importaba. Si se cansaba, se recostaba en el sillón del salón mientras nosotros jugábamos a su lado, o mirábamos algún programa en el televisor.

Pasó el verano y regresamos a Montevideo. Mi hermano y yo comenzamos las clases. Todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Pocos meses más tarde Zulema anunció su retiro. Dijo que había conseguido un trabajo más cómodo y con mejor paga. Mi madre, un tanto sorprendida y, sobre todo, decepcionada, intentó convencerla de que no se fuera. No hubo caso. Al final se fue incluso antes de la fecha prevista, de manera súbita, sin llevarse todas sus pertenencias ni el total de su paga. Vendría otro día por ello.

Alicia llegó con recomendaciones. Era una muchacha rubia, bastante jovencita, gritona y apabullante, que no me cayó bien desde un principio (ni duró demasiado en mi casa). Apenas llegó, se puso a acomodar su ropa en el



que había sido el dormitorio de Zulema. La habitación contaba con un pequeño baño, un armario, una cama y, si la memoria no me falla, un escritorio. El apartamento era suficientemente amplio como para que los sonidos desde allí no llegaran al resto de las habitaciones y viceversa. Tan común era contratar a una «mujer con cama» (nombre asignado a las mujeres que no sólo venían a limpiar, sino que también permanecían durante la noche), que muchos hogares se construían de esta manera, con un dormitorio extra, apartado lo más posible del resto y al lado de la cocina.

Allí, en el ropero, fue que Alicia encontró el paquete. Se lo entregó a mi madre: envuelto en varias hojas de papel de periódico y cubierto por bolsas de nylon, se hallaba el cuerpo de un recién nacido.

Además de los tres oficiales de policía, llegaron mi abuelo, mis tíos y una de mis primas. Fue la primera y única vez que vi llorar a mi abuelo y creo que recién entonces comprendí la gravedad de la situación. La casa se dividió en dos grupos: por un lado, nosotros, la familia, sentados en el salón, silenciosos, abrazados algunos, mirando al piso otros; por el otro, los oficiales que iban y venían tomando muestras y hablando entre ellos. Le tomaron a mi madre las huellas digitales. Algunos vecinos se asomaron. Pero no duraron mucho pues mi padre los ahuyentó de inmediato.

Zulema fue detenida a las pocas horas donde vivía su familia, en un rancho precario de un barrio pobre de los suburbios. Quizá creyó que pasaría más tiempo antes de que ordenaran su dormitorio y que tendría oportunidad de recoger el paquete cuando volviera por su paga. O, quizá, Zulema quería ser detenida.

Detuvieron a mi madre para prestar declaración. Mi padre fue tras ellos y permaneció en la comisaría hasta que lo echaron. Pasaron varias horas hasta que la dejaron ir. A los oficiales no se les ocurrió nada mejor que meter a mi

madre en la misma celda que a Zulema, quizá para ver cómo se comportaban estando juntas, para convencerse de quién era culpable, o porque simplemente no les dio la imaginación para hallar una mejor solución.

Las conclusiones de la investigación fueron las siguientes: horas antes de partir, Zulema dio a luz en su dormitorio, a solas, a su octavo hijo, que nació de manera prematura. Intentó ahogarlo en el retrete del baño, sin éxito. Luego, presa de un pánico mayor, llenó la pileta de agua y lo ahogó. Cuando la criatura dejó de respirar, la envolvió en papel de diario y metió el cuerpo en bolsas dentro del armario.

Desde entonces, Zulema pasó a ser «la mujer esa», la innombrable. Mi madre contó, muchos años más tarde, cuando fue capaz de hablar sobre el tema, que durante las horas que estuvo detenida, la interrogaron hasta el cansancio sin permitirle encender ni un solo cigarrillo. Siempre recuerda eso porque ya de por sí la ausencia de nicotina es para ella el mismísimo infierno. Yo aún hoy me pregunto cada tanto qué habrá sido de Zulema.

# El Preso de la celda 45

*«Éramos como hombres que a través de un pantano  
de inmunda oscuridad a tientas van.  
No osamos murmurar una plegaria  
ni tampoco alentamos nuestra angustia,  
algo muerto se encontraba en nosotros  
y eso muerto era la Esperanza.»*

*Balada de la cárcel de Reading, Oscar Wilde*

Dicen que en una celda las dimensiones, tal como las conocemos, se ven alteradas por la falta de espacio y la prolongación del tiempo. También oí decir que la soledad extrema nos acerca a las bestias. Corroboré ambas observaciones cuando me contaron la historia del preso de la celda 45 pocos meses después de mudarme aquí. Mi vecina me habló de él a causa de una pregunta que le hice.

«Todo empezó por una gata que se infiltró en su celda cuando estaba en el sector común con el resto de los reclusos. Estaba completamente prohibido tener animales en la cárcel; pero el preso de la celda 45 decidió no cumplir con la regla y escondió a la gata. Dicen que la escondía entre las sábanas, o en el inodoro, o debajo de su catre. Según la hora del día. Y la gata no aullaba, como si supiera que abrir la boca le habría costado la vida. O tal vez era muda, eso no lo sé.» A los efectos, es lo mismo: la gata guardó silencio. El preso comenzó a bajar de peso rápidamente. Lo llevaron a la enfermería. El médico no encontró motivo alguno de alarma. Dijo que el preso de la celda 45 estaba en relativo buen estado de salud y dio el diagnóstico por definitivo. Así que lo devolvieron a su celda y continuó bajando de peso.

La gata, en cambio, estaba cada día más gorda. El preso creyó que su aumentado volumen se debía al exceso de comida. Pero una madrugada la gata tuvo crías. Y el preso, que no había visto gato a la redonda, lo consideró un milagro. El problema fue que las crías no eran mudas ni tampoco supieron comprender la situación a tiempo. El maullido alertó a los carcelarios y el centro penitenciario dio orden de desalojo inmediato a los siete cuadrúpedos (seis crías y la gata-madre).

La historia no habría pasado de allí si el preso de la celda 45, condenado a cadena perpetua por doble homicidio, hubiese aceptado la situación. Pero la cosa no ocurrió así: se opuso a la extradición de los felinos como si fueran su familia. La gata fue deportada de la prisión a la *Asociación Protectora de Animales* junto con sus crías (según se comenta, uno de los carcelarios que estaba al tanto de lo sucedido, conmovido por las circunstancias, decidió adoptarlos días más tarde) y el preso de la celda 45 fue castigado a dos días en la mazmorra por desacato.

«Dicen que cuando regresó a su celda ya no era el mismo, que desde que le quitaron la gata no volvió a ser el de antes, que ya no se comunicaba con nadie, que empezó a perder el equilibrio mental y que, cuando le hablaban, cerraba los ojos con fuerza como si quisiera desaparecer. Murmuraba cosas extrañas, inentendibles. Otras veces se quedaba largas horas sentado en su cama, acariciando la vieja frazada con la que había escondido a la gata durante el tiempo que compartieron celda. Lo volvieron a llevar a enfermería y el médico volvió a decir que estaba en buen estado de salud. ‘¡Pero si hasta ha aumentado de peso!’, dijo. Y dijo que no había ningún inconveniente en enviarlo de regreso a su celda», continuó la vecina.

La confirmación de que el médico se equivocaba tuvo lugar durante un almuerzo. A la vista de todos, el preso de la celda 45 se arrancó los ojos con una cuchara. La pregunta es cómo alcanzó a quitarse los dos antes de que

alguien lo detuvieran. Porque quitarse un ojo sin que los demás se percaten antes es una cosa, pero quitarse los dos ya pone en duda la condición humana de los observadores. Tras unos días de recuperación en que permaneció en el hospital, regresó a la prisión ciego.

Días más tarde, ya entrada la noche, se escuchó un estridente maullido a lo largo y ancho del recinto. Hicieron sonar la alarma y contaron los reclusos. La celda 45 estaba vacía y un fuerte olor a orina de gato comprimía el aire hasta volverlo irrespirable. Indagaron a los presos de las celdas contiguas y cercanas; pero, como si la ceguera fuese algo contagioso, todos dijeron lo mismo: «no vimos nada». La falta de clarividencia en el asunto resultó evidente.

«El oficial que adoptó a la gata y sus crías contó que la gata madre quedó ciega ese mismo día y que murió poco más tarde. El director de la prisión dio orden de tapiar la celda 45 y hasta ahora no la han vuelto a abrir. Y, para contestar tu pregunta —dijo la vecina—, es por eso por lo que hay tantos gatos ciegos en el pueblo. Porque siguen buscando al preso. Dicen que cuando lo encuentren, todos los gatos volverán a ver.»